

Testimonios de algunos intelectuales y artistas cristianos

Como intelectual o artista español que soy, ¿por qué me pronuncio a favor o en contra del cristianismo, o por qué no me pronuncio ni a favor ni en contra del cristianismo?

AGUSTIN DOMINGO MORATALLA

(Filósofo)

Para ser sincero, reconozco que la pregunta me ha pillado un poco de sorpresa. Incluso creo que esconde cierta desconfianza fundada hacia una generación de «intelectuales» y «cristianos» que creo no es la mía. Para mi generación ya no es tan automático ser español y ser cristiano; la mayoría de nosotros no nos hemos planteado demasiado en serio el tema de nuestra identidad de «fe» o «nacional». Eso no significa que no nos hayamos tomado en serio nuestra identidad como «intelectuales», sino que no nos van los asuntos demasiado «complejos»; asuntos como éstos implican comerse de vez en cuando el «coco», pararse a pensar, buscar alguna que otra referencia respecto a la que definirse y algo que es mucho más importante. Me refiero a algo muy sencillo: intentar ser consecuente con aquella identidad de la que se habla. Evidentemente, si quien me está leyendo en estos momentos es lo suficientemente astuto, se habrá dado cuenta de que hablo de coherencia, de voluntad de formación y de voluntad de verdad para con lo que uno mismo aspira o quiere ser.

Pero vayamos a mi propio proyecto personal, que de eso se trata. Por lo general, no tengo ningún reparo en proclamarme cristiano, quizá lo de «*intelectual*» me dé más reparo porque creo que no siempre pienso demasiado o no soy siempre lo consecuente que debería ser con mi propio pensamiento. Si me pronuncio como «*intelectual cristiano*» es por una serie de razones que son de variada naturaleza. En primer lugar, porque me considero un hombre de fe, un hombre que ha recibido una de las mejores herencias que ha podido recibir: la fe. Para mí, esto es considerarse un hombre «agraciado», un hombre estructuralmente abierto a la realidad que le vertebra, un hombre incompleto y preocupado por aquellos que le rodean y a los que debe el luminoso misterio de la vida, un hombre inquieto por la naturaleza, el mundo, el conocimiento y la ciencia como nebulosos dones a su disposición. Gracias a la fe soy un hom-

bre que experimento cotidianamente una libertad que me es dada diariamente sin que haya hecho demasiado por merecerla. Esta experiencia de fe me mantiene abierto a los que me rodean y me permite relativizar constantemente las cosas, sabiendo que todos somos igualmente valiosos. No sé si llamarlo experiencia de levedad de lo intramundano porque quizá quede demasiado «abstracto» o «kunderiano»; sin embargo, debe ser algo así porque me permite estar por encima de lo más material y prosaico, porque me permite tomar distancia de los problemas, porque me permite acercarme «agraciadamente» a cada amanecer.

En segundo lugar, porque esa experiencia completa su referencia en Jesús de Nazaret y su Mensaje de Buena Noticia. En los tiempos que corren son muy pocas las noticias que como buenas hayan permanecido un día tras otro. Además, creo que esta referencia gozosa ha sido posible por la realidad institucional que es la Iglesia. Desde ella he aprendido lo poco o mucho que ahora puedo transmitir y a ella le estaré infinitamente agradecido por haberme acogido. Pero hay algo más importante que lo gravemente institucional; en la Iglesia no sólo me he encontrado con mis padres, sino con auténticos maestros que me han enseñado que el espíritu de Jesús es un espíritu de libertad, de apasionada y gozosa libertad. Unos maestros que me han ido acercando a caminos desde los que yo mismo he podido ver más y mejor con mis propios ojos. Estos maestros representaron y todavía representan el testimonio vivo de que es una gozosa noticia que Dios exista.

En tercer lugar, porque estoy convencido de que el Dios de los cristianos es amor y caridad. «No parece todo lo que puede conceptuarse como amor». Esta expresión de J. Gómez Caffarena la he vivido desde pequeño y no ha sido en el seno de colegios «de iniciativa social», sino junto a las parroquias donde rondaba como monaguillo o como catequista vespertino. Desde la humildad, el silencio y la entrega de los párrocos que conocí he podido ir percibiendo que la caridad, aunque no sustituya a la justicia, siempre la supera. Una caridad que puede ser el auténtico motor de una reflexión filosófica y que nos

está exigiendo replantearla también desde la justicia para facilitar la caída de todos los muros estructurales que impiden el diferencial desarrollo cultural y humano.

En cuarto lugar, la memoria del proyecto de Jesús que vivimos con un espíritu de libertad gozosa en numerosas comunidades tiene una dimensión universal importante. Muchos de los planteamientos «intelectuales» que nos acompañan en los medios de comunicación, y que constituyen el entramado de la «cultura dominante», carecen de la pretensión de universalidad que acompaña al Mensaje de Jesús. Como pensador cristiano considero que es fundamental proponer esta exigencia de universalidad. Desde ella podremos relativizar muchas postmodernidades y modernidades al uso, desde ella podremos reorientar una navegación educativa que no esté basada únicamente en modelos de bienestar, de consumo y de homogeneización cultural. Esta universalidad es incómoda para el puro pensamiento, para la «razón pura», para un occidente que engorda diariamente. Si somos conscientes de esta universalidad diferenciadora seguro que entenderemos mejor las relaciones entre historia y salvación.

Es menester que entendamos la historia como plenitud de realidad para que así no se nos olvide nunca que la «historia de la salvación» se halla ligada a una «salvación de la historia». Explicar esto nos llevaría a serias disquisiciones, pero mi experiencia de colaboración en Organizaciones no gubernamentales para el desarrollo me dice que el sentido de la lucha contra la miseria nace de ahí. Esta es la auténtica prueba de fuego para mi propio pensamiento y desde ella me planteo la renovación o actualización de las propuestas «filosóficas» como pensador cristiano. En definitiva, presentarme como pensador cristiano supone la renovación cotidiana de una apuesta por el Dios de Jesús a pesar de muchas «historias» y muchos «cuentos» con los que se camufló o está camuflado un mensaje oxigenante y exigente.

Por último, me pronuncio como intelectual cristiano porque ello significa decir en voz alta «no es bueno tener miedo». Veo que

mis colegas tienen miedo, que, trabajen en centros públicos o en centros de «iniciativa social», no están a gusto; veo que tragan cualquier cosa y no se atreven a denunciar. Veo que la gente está teniendo miedo a decir lo que de verdad piensa de lo que en realidad ocurre. Lo que sucede después del silencio en cadena no lo sabemos muy bien, son las úlceras, las depresiones, las agresividades innecesarias, la culpabilidad patológica y la democracia cancerígena. Pronunciarme como «intelectual cristiano» supone hoy, al menos para mí, reclamar un horizonte de transparencia, de veracidad y de claridad que rompa con todos los miedos posibles, con el miedo al director del centro en el que trabajo, con el miedo al jefe del que depende mi ascenso, con el miedo al superior del que depende mi traslado, etcétera. Creo que la única forma de comenzar a cambiar las cosas es arriesgándose uno, rompiendo con los miedos que nos atan. Cualquier discurso ético puede tener sentido desde ahí; de lo contrario, la moralización de la vida cívico-política, la «nueva evangelización», la «autofinanciación» eclesial, el compromiso de los laicos y tantos otros asuntos se convierten en auténticas músicas celestiales de las que estamos comenzando a estar bastante hartos, no porque no reconozcamos su urgencia, sino porque nos cuesta trabajo reconocernos en los modos de expresarla.

No puedo concluir sin confesar mi identificación con un texto de Paul Ricoeur que puede simbolizar el espíritu desde el que he intentado plasmar este testimonio: «Yo creo en la eficacia de la reflexión, porque creo que la grandeza del hombre está en la dialéctica del trabajo y la palabra; el decir y el hacer, el significar y el obrar están demasiado mezclados para que pueda establecerse una oposición profunda y duradera entre «teoría» y «praxis». La palabra es mi reino y no me ruborizo de ello; mejor dicho, me ruborizo en la medida en que mi palabra participa de la culpa de una sociedad injusta que explota el trabajo, no ya en la medida en que originalmente tiene un elevado destino. Como universitario, creo en la eficacia de la palabra docente; como profesor de historia de la filosofía, creo en la fuerza iluminadora, incluso para una política, de una palabra consagrada a elaborar nuestra memoria filosófica; como miembro del

equipo *Esprit*, creo en la eficacia de la palabra que retoma reflexivamente los temas generadores de una civilización en marcha; como oyente de la predicación cristiana, creo que la palabra es capaz de cambiar el corazón, esto es, el centro manantial de nuestras preferencias y de nuestras actitudes (*Historia y Verdad*, Encuentro, Madrid 1990, Trad. de A. Ortiz, pp. 10-11).

TEOFILO GONZALEZ VILA

(Filósofo)

No sé en qué sentido y medida me cuadra la consideración de intelectual, dada la ambigüedad, casi equivocidad, del término. Pero de esto no cabe duda: estoy «a favor del cristianismo». Soy —de eso creo estar seguro— cristiano, católico para más señas. En un sentido vital-ascético, sería mejor decir, trato de *ir siendo* cristiano, de vivir según el modelo de Jesús. Y puedo a la vez asegurar —esto es lo que responde directamente a la pregunta, tal como la entiendo— que mi condición de cristiano, mi fe cristiana, mi aceptación, para mayor concreción todavía, del credo o de los «dogmas» cristianos tal como los profesa un católico romano, no son para mí obstáculo alguno a la hora de pensarme a mí y pensar el mundo y la historia: al preguntarme qué soy, qué puedo esperar, qué debo hacer. No sólo no son un obstáculo, sino estímulo y ayuda a mi pensamiento.

En primer lugar, *la fe no me es un obstáculo intelectual*. Mi razón, con sus limitaciones —las esenciales a su condición de humana, y las particulares que le caracterizan en cuanto mía—, no encuentra contradicción entre «los datos» de mi fe y los «datos de razón». Hago mía una respuesta clásica: Si mi razón no puede «probar» esas «verdades» de fe, no puede tampoco probar que no lo sean. O con otros términos también descaradamente tradicionales: esas «verdades» no están *contra*, sino *sobre* mi razón. La aceptación de, al menos, la posibilidad de «verdades» / «realidades» directamente inaccesibles al solo esfuerzo de sólo la humana razón no es sino la aceptación de la esencial limitación de la razón misma. Y a la inversa: rechazar como inexistente lo que no se nos da a la razón equivaldría a dar por absoluta e ilimitada a esta razón. Pero esto, tener por absoluta e ilimitada a la humana razón, sería —justo aplicando un criterio «racionalista» riguroso— abiertamente «irracional». No hay «razones» para negar que haya en los cielos y en la tierra no sólo mucho más de

lo que conozco, sino de lo que puedo conocer. Nada, entonces, más lógico, racional e «inteligente», que estar abierto a posibles mensajes iluminadores de ese cierto más allá de mi razón. Pero no es sólo racional, por razonable, ese escepticismo positivo sobre mis propias posibilidades racionales, alimentado por la convicción de mis ciertas imposibilidades, sino que, aun cuando me obstine por, dogmáticamente, encerrarme en la absolutización de mi limitada razón, estoy, *velis nolis*, óntico-funcionalmente ansioso de trascenderme. Porque conozco mi limitación, apetezco superarla; y porque no puedo superarla, me parece razonable la posibilidad de que me la hagan superar; e «inteligente», la disposición a aceptar que así sea. Instalarse en la finitud, en la limitación absolutamente irrebasable, es otra opción, respetable, pero, para mí, menos razonable que la de abrirse desde la propia limitación a un más allá que nos puede llegar, que nos llega...

Si esto es así, no puede negarse que es «razonable» la fe como aceptación de «otra» fuente de conocimientos. No basta, sin embargo, esa apertura óntica que es la propia limitación, rendija inevitablemente expuesta a la incidencia del más allá de la humana razón, para discernir la validez de los mensajes meta-físicos, ni sencillamente para «tener fe» religiosa, confesional y, mucho menos, *esta fe*, que no es sólo, ni principalmente saber, sino *vivir, entregarse, optar ante un don*. Mi razón apertentemente abierta a un más allá no tiene por eso garantizada ni la oferta de ese don ni la aceptación del don ofrecido.

Mi fe es una decisiva ayuda con la que alcanza mi débil inteligencia una visión del mundo más profunda, en la que los datos revelados se integran sin contradicción con los datos de razón. El cristianismo, tal como se revela en su propio mensaje, no es un camino al margen de la realidad vital-racional del hombre, no es un atajo mágico contra toda razón, para eludir los interrogantes del mundo en su desafiante realidad ni el peso intelectual y moral de mi existencia en el mundo, empapada de placer y dolor, de vida y muerte. Jesús no sustituye la realidad del mundo, no la desecha, sino que la repara en su propio ser natural. La nueva creación cristiana no es sustitución, sino reparación de la creación primera. «Lo cristiano» no introduce ningún elemento ma-

terial que altere la substancia natural del mundo ni el contenido material del hacer humano en el tiempo. Lo cristiano no se sitúa en el plano del contenido, sino del sentido...; no le roba a lo humano autonomía, sino que justamente se la restituye plenamente. Jesús es la más radical afirmación del mundo como obra del Padre Creador. *Seculariza* al mundo cargado de adherencias mágicas por la razón pagana y lo pone en su sitio, en todo su valor autónomo, a la par que afirma a Dios como único Absoluto.

Limitación natural y pecado son conceptos coherentes; gracia y plenificación humana son conceptos coherentes. Cuando mi fe me presenta la historia como un misterio de pecado y de gracia, no sólo no contradice los datos científicos, sino que les confiere su última explicación; cuando hace del amor propuesta absoluta de comportamiento, no hace sino «potenciar» lo categórico del imperativo categórico que mi propia razón formula; cuando me hace ver en cada hombre no ya una irrepetible, eternamente ideada y eternamente querida *imago Dei*, sino un verdadero «*alter deus*» por participación, no hace sino ofrecer la más profunda fundamentación a mi «intuitiva» convicción ética de la dignidad de toda persona humana, me ofrece la más sólida fundamentación para la exigencia categórica de respeto incondicionado a esa dignidad en cada persona humana, a los derechos humanos; me hace plenamente aceptable y fundada-motivada mi adhesión a una *ética común* que en esa dignidad tenga su asiento. Cuando me enseña que el camino para alcanzar mi felicidad pasa justamente por «perderme» en la búsqueda de la felicidad de los otros, y, con esto, me exige muchas veces, en primer plano, la renuncia «inhumana» a mis «felicidades» de este momento, me propone un modelo de vida que, a la larga (como atestigua la propia experiencia), es el único que responde a mis más verdaderamente radicales apetencias de autoafirmación, de libertad, de justicia y de felicidad humanas... El cristianismo es, para mí, «el» humanismo. *Da sentido a mi, a la, existencia.*

Cierto que no caben aquí «demostraciones» (paleta irracionalidad sería pretenderlas), sino plausibles «argumentaciones». En cualquier caso, no encontraremos seguridad racional-científica. Hay que *apostar*. La fe es también, en último término, una apuesta

razonable, más sensata, menos absurda que la apuesta por el absurdo, pero... apuesta. Y apostar es por definición asumir libremente un riesgo, es lanzarse a una caída «libre», acto de plena libertad, en plena entrega de la vida a una carta: en el caso de quien se fía de Jesús, a la carta del Amor.

Y si estas son mis «razones» para estar, términos de la pregunta, a favor del cristianismo en cualquier lugar, cabe añadir, para adoptar esa opción en España, alguna otra: la necesidad, por una parte, de alumbrar una *ética común*, dada la descomposición axiológica en la que ha desembocado la secularización, de modo muy especial y más alarmante en una sociedad, como la española, secularmente dominada por categorías morales cristianas, hasta el punto de haber ésta caído en una especie de casi *idiotismo moral*; y las posibilidades, por otra, que encierra *la memoria cultural cristiana* del pueblo español como *humus* de donde, purificado, extraer el vigor que le permita a esa *ética común*, como *ética de los derechos humanos* y *de la propia democracia*, alcanzar un verdadero arraigo social. Esa necesaria y posible *ética común*, según la entiendo, al par que asumible por creyentes e increyentes, constituye unos verdaderos *praeambula vitae christianae*, desde donde arrancar en cualquier acción evangelizadora, entendida ésta, a su vez, lejos de cualquier intento de restauración de un régimen de «cristiandad», como oferta desde el amor, en el diálogo, a la libertad de todos, del camino que es Jesús mismo, liberador de todo hombre y de todo el hombre, garantía frente a cualquier pretensión de absolutizar idolátricamente cualquier poder. Por una parte, esa *ética común de la dignidad de la persona* y *de los derechos humanos* es la mejor garantía de la libre expresión y difusión pública de cualquier opción y, por lo mismo, de la libre acción evangelizadora; y, a su vez, la fe cristiana, por otra, en cuanto ofrece en la conciencia de cada creyente la más sólida fundamentación pensable de la dignidad de cada persona, la más fuerte motivación y fuerza-gracia para actuar en pleno respeto a esa dignidad, contribuye del modo más eficaz a la vigencia social de esa misma *ética común*...

JOSE LAPAYESE DEL RIO

(Pintor)

Educado en familia cristiana, de artistas, entiendo el cristianismo como conciencia de vida; como estética existencial donde el diálogo con nuestro mundo es necesario.

Y entiendo el arte como una aproximativa hacia una trascendencia, donde figuras como San Juan de la Cruz crean esa conversación añorada entre hombre y belleza, de silencio artístico.

Les hablo así de lo que he conocido a través de *Cántico Espiritual* gracias al P. Tomás Serribas, como lectura de esa estética antes nombrada.

La intervención plástica, la visión de un pintor a través de esa conciencia, me ha llevado hacia la búsqueda del tiempo en las cosas: el paso del hombre, sus huellas, el sentir de su trascendencia.

Así podría decir que, desde mi angulación, el cristianismo surge innato en toda búsqueda, en las huellas tanto de rostros como de máscaras, en la misma esencia de las cosas.

FRANCISCO MARTIN HERNANDEZ

(Historiador)

Me pronuncio a favor del cristianismo porque pienso que el mensaje que nos ha dejado Jesús de Nazaret, sus obras y su doctrina, llenan las ilusiones y esperanzas más íntimas del hombre tanto en el plano natural como en el sobrenatural.

Jesús no se presenta como uno de tantos reformadores de la religión judía, sino que ofrece un nuevo mensaje: Dios es el Padre, que por amor manda a su Hijo al mundo para salvar a los hombres. La ley, el templo y las obras de la ley tocan ya a su fin. Cristo funde la religión y la ética, los dos principios salvíficos del mundo hebreo y del mundo helenístico, en una nueva unidad, y anuncia el «reino de Dios», es decir, una nueva comunidad sobrenatural para la salvación y la felicidad de los hombres, que ha de extenderse a todos los pueblos y durar hasta el fin del mundo.

En el cristianismo que nos ha dejado Jesús de Nazaret encontramos una ley única y suprema, que es el incondicional amor a Dios y un amor al prójimo que abraza a los hombres de toda raza y condición. Enfrentándose de forma inequívoca con la práctica farisaica de una observancia externamente correcta de las prescripciones de la ley, Jesús proclama ley fundamental del obrar moral la pureza y rectitud de intención de espíritu, y con ello concede a la conciencia personal un puesto decisivo en el orden religioso. Jesús establece, además, la verdadera jerarquía de los deberes que emanan de la vida de intimidad con el Padre por El exaltada: más importante que la escrupulosa observancia del descanso sabático, es prestar una ayuda a nuestro prójimo necesitado; más precioso que la oración que hay que hacer en el templo, es el trato con el Padre en el silencio de la propia interioridad. Como cosa inaudita presenta su mensaje de que los pobres, los pecadores, los lisiados, los marginados de toda clase,

aquellos a quienes las gentes del mundo tienen por poca cosa, son los que tienen el mejor título para morar en la casa del Padre. Extraño les debía de parecer a quienes lo escuchaban aquello de que se tiene más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos; o de que en el venidero reino de Dios nada vale el obrar humano y sólo es justo aquel a quien el Padre graciosamente se lo concede. Jesús proclama bienaventurados a los pobres, porque están libres de las solicitudes que llevan consigo la riqueza y los bienes de la tierra, que, con harta frecuencia, ocupan en el corazón del hombre el lugar que sólo a Dios corresponde.

Cristo trae un mensaje consolador para todos los hombres, y especialmente para los humildes y despreciados. No predica una piedad y religión individual, sino un mensaje que une como hermanos de una familia religiosa a los que lo oyen y se llenan de su verdad: todos en común piden al Padre que les perdone sus deudas; todos piden por la paz y procuran vivir en esa misma paz; todos anhelan la justicia, la igualdad entre los hombres, el amor universal, y para conseguirlo tienen que renunciarse a sí mismos, a los bienes de la tierra y a veces hasta a los mismos vínculos familiares. El exige un seguimiento que no es en absoluto posible sin una dolorosa negación a sí mismo: El que quiera ser realmente su discípulo tiene que «abhorrecer» su propia vida (Lc 14, 26). Pero es una negación de ofrenda de amor a Dios y para beneficio de los demás: no puro y frío negativismo.

El cristianismo convenció desde el principio a judíos y gentiles por la fuerza de su «verdad». Sobrepasaba en contenido a todo lo que podía ofrecer la sabiduría y la filosofía de entonces. Como le ocurriera a San Justino, también otros muchos descubrieron en él el único camino de la verdad. Los paganos oían hablar del Evangelio del amor, de la ayuda fraterna, de la salvación universal, de la purificación interior, de consuelos y bienes espirituales... Para unos fue una auténtica verdad que les convencía; otros no lo acabaron de entender; y así ha venido ocurriendo hasta nuestros días. Persuadido de ello, aclaraba ya San Ignacio de Antioquía que «el cristianismo no es obra de la persuasión humana, sino de la grandeza divina, ya que es odiado por el mundo» (Rom 3, 3).

Esa fuerza de la Verdad, con el ofrecimiento que sigue haciendo el cristianismo al hombre de hoy de la paz, la justicia social, la honradez, el predominio de los valores espirituales, la grandeza que llevan consigo las virtudes heroicas de fe, esperanza, caridad, justicia, fortaleza y templanza, que los verdaderos cristianos tenemos la obligación de conseguir, es lo que me parece trascendental en el cristianismo y apetecible para todo hombre de bien. Otras religiones pueden ofrecer y de hecho ofrecen éstos o parecidos programas de perfección; pero en el cristianismo, en la doctrina del Evangelio, en la vida de la Iglesia y en el testimonio que han dado y siguen dando tantos hombres y mujeres que pertenecen a ella, encuentro la razón íntima de la existencia humana, el porqué de su esperanza, de sus penas y alegrías, un canto a la vida, de la de acá y la del más allá. Es por lo que me he pronunciado siempre y me sigo pronunciando hoy por este cristianismo.

FERNANDO MENDEZ IBISATE

(Economista)

En primer lugar, quisiera puntualizar que no sé hasta qué punto me considero, o puedo considerarme, como un «intelectual». Mi labor es, básicamente, de investigación y de docencia.

En segundo lugar, no creo que estén conectadas, como pretende la pregunta, ambas facetas y, por tanto, dudo que haya una correlación entre lo que es mi tarea profesional y la justificación de mi postura a favor o en contra del cristianismo.

Por el contrario, la faceta de científico —si se quiere hacer ciencia— ha de abstraerse lo más posible de nuestras creencias, condiciones sociales e ideológicas. La actitud de un científico ha de ser siempre abierta y estar dispuesta a aceptar las conclusiones (refutables) a las que sus teorías conducen, aunque éstas puedan entrar en conflicto con sus posiciones sociales. El científico ha de separar el campo positivo del normativo, si bien esto no significa que no exista una ética propia del método científico, basada fundamentalmente en el principio de falibilidad, el principio del diálogo racional y el principio de acercamiento a la verdad con la ayuda del debate.

Por otra parte, no es cierto que las ideas o las teorías necesariamente aparecen en nosotros como respuesta a unos intereses (sociales, de clase o casta) o como resultado de nuestras creencias. Existen multitud de ejemplos en la historia de la ciencia; pero si aún somos escépticos respecto a la actitud privada de los científicos en todos los puntos antes señalados, la comunidad científica (que quiera tener credibilidad al respecto) dota de una serie de *instituciones* (universidades e instituciones de enseñanza, libros, revistas, y todo tipo de publicaciones, sistemas de valoración científica, medios de crítica, cátedras y departamentos, seminarios y congresos, y un largo etcétera)

que purgan o tamizan el carácter científico de nuestros trabajos e investigaciones.

Respecto a mis creencias, puedo confesar que soy cristiano. Pero esta confesión no tiene más validez, como tal, que lo pueda tener la del guardia de tráfico de mi calle, la del panadero de la esquina o la del médico de cabecera. Es ésta una decisión personal (que surge de una experiencia muy personal) y que no trasgrede ni trastoca los otros aspectos de mi vida. Simplemente los matiza. Y lo mismo puedo decir al contrario: mi faceta profesional ni trasgrede ni trastoca mis creencias. La formación integral —como se dice— de la persona en ambas facetas hace que uno adopte puntos de vista más permisivos; menos fanáticos, dogmáticos o ideológicos.

Considero que el cristianismo, en sí mismo, no entra en conflicto con estos puntos de vista, pues se trata (al menos «en espíritu», aunque no sé si en la letra) de un estilo de vida abierto y permisivo. Pero en manos de los individuos, la Iglesia institucional (como todas las instituciones), con sus aciertos y sus miserias, restringe enormemente la capacidad de desarrollo de las aptitudes humanas y limita la riqueza de matices expresivos de desarrollo de la fe. Posiblemente de no ser así la Iglesia como institución terrena hubiese desaparecido (y se hubiese vuelto a una Iglesia muchísimo más «privada», ya que la Iglesia del Espíritu —si se es creyente— no desaparecería). Como la Iglesia-institución es racional, se adapta lo mejor que puede para sobrevivir a todo cambio del entorno y toma decisiones que optimizan sus intereses (de toda clase, es decir, los de tipo espiritual, moral, ético y económicos).

M.^a ANGELES MERIN CAÑADA
(Grabadora)

Para contestar a esta pregunta parto de la postura de creyente desde una fe transmitida y heredada, pero asumida personalmente.

La propia reflexión sobre la fe cristiana transmitida me ha llevado a vivirlo como seguimiento a alguien con mayúsculas, la Persona de Jesús, mediante el compromiso de la vida en todas sus manifestaciones, porque cristianismo para mí no es una ideología sino una Vida también con mayúsculas, que se me ilumina en la creencia del Misterio de la Encarnación del Verbo, por el que Dios se acerca al hombre, pero el hombre se eleva hacia Dios y las capacidades que Dios ha puesto en cada uno de nosotros se dignifican y revalorizan, haciendo que todo lo que realicemos desde esta perspectiva adquiera la dimensión de humanismo verdadero.

Con los talentos que se me han dado gratuitamente me siento en la obligación de trabajar y hacerlos producir para el Reino. Por eso desde mi trabajo como artista plástica pretendo con mi obra pronunciarme como creyente y hacer pasar la historia de Dios a través de mi propia historia.

Considero la expresión plástica un lenguaje con el que puedo expresar y comunicar experiencias y sentimientos, así como un medio con el que puedo llegar a tocar lo trascendente; y en esta sociedad materialista y competitiva en la que me encuentro, mi capacidad intuitiva de artista, si se la quiere entender y dar su valor, pueda ser como la voz del «profeta» que como en otros tiempos de la historia de la humanidad sirva para hacer caer en la cuenta al hombre de hoy que existen otros valores de orden espiritual a los que es necesario dejar espacio en la vida para que ésta tenga un desarrollo normal y no raquítrico por unilateral.

XABIER PIKAZA

(Bibliста)

1. *Por tradición*

Soy cristiano por tradición, en el sentido fuerte de la palabra. He crecido a la vida en un contexto familiar y eclesial que me ha ofrecido la fe en Cristo, y desde el centro de esa fe me he descubierto creatura de Dios, persona. Sólo más tarde, a partir de la lectura de Gadamer, he descubierto expresamente el sentido de la tradición como elemento conformante de la vida y me he gozado de poder corroborarlo en mi experiencia. Soy cristiano porque han influido en mi existencia unas personas que me han hecho madurar y realizarme en verdad como individuo desde el «horizonte» de experiencia de Jesús.

2. *Por vocación*

En segundo lugar o, quizá mejor, al mismo tiempo, soy cristiano por vocación, también en el sentido más fuerte que recibe esa palabra. No me refiero aquí a la vocación religiosa o sacerdotal que han venido en segundo lugar y en segundo lugar se mantienen. Me refiero a la vocación cristiana que he escuchado como voz que me llamaba a vivir de una manera gozosa y responsable, en hondura y autonomía, es decir, como persona. Soy porque me han dado la vida, ofreciéndome un camino. No me obliga Dios, nunca me impone. Le descubro como invitación que está expresada en Jesucristo. Por eso, el ser cristiano es para mí la forma concreta de ser hombre (ser humano). Me han llamado a la vida y quiero responder. Me ha convocado Dios, por medio de Jesús, y siento que es hermoso escuchar su voz y contestarle con mi propia vida.

Sólo en esta llamada he descubierto quién soy. Ciertamente formo parte de este mundo (como cuerpo entre los cuerpos). Pero

soy un individuo, soy persona, porque Dios me ha dirigido su palabra. De su llamada vivo. A su llamada quiero responder con mi existencia, asumiendo para ello el camino de Jesús, a quien confieso como Cristo.

3. Por comunión

No soy cristiano a solas, en camino que aparece como exclusivamente mío. Soy cristiano en comunión con otros amigos-hermanos-compañeros que responden conmigo a la llamada de Dios por Jesucristo, dentro de la Iglesia. Quiero recordar que la iglesia (ek-klesia) significa comunión de convocados: la llamada de Jesús nos une para vivir en libertad y fraternidad.

Ciertamente conozco otras formas de vinculación social ligadas a las tradiciones nacionales de mi pueblo vasco o a los ideales de liberación social de los oprimidos. Las admito y quiero penetrar más hondamente en ellas. Pero creo que en el Evangelio de Jesús hallamos un principio más alto de vinculación humana, en comunión de liberados. Eso es para mí la Iglesia. Por ella soy cristiano.

Sin duda alguna siento pena fuerte por algunas formas y maneras de la Iglesia y quisiera (quiero) ayudar a transformarla desde el gozo y la exigencia de Jesús. Pero así como es la Iglesia así la quiero y dentro de ella quiero mantenerme, en ejercicio de fidelidad crítica y creadora. Desde la comunión eclesial y para ella, en libertad interior y en apertura personal a Cristo, soy cristiano.

4. Por investigación

Mi forma de colaborar en la Iglesia es la del «ministerio teológico». La misma Iglesia me ha confiado el encargo de la docencia, dentro de una facultad de teología que se encuentra vinculada a la Conferencia episcopal. Situado en ese contexto, el cristianis-

mo me parece inseparable (a mí, no a otros) de la búsqueda de la verdad, de la investigación bíblica.

No quiero decir que no existan tensiones y problemas entre la jerarquía oficial y la labor de profesor de teología. Yo mismo podría contar mi versión particular de esas tensiones. Pero dentro de ellas me considero «situado», realizado. Es hermoso creer en la verdad por la verdad. Sé que lo que investigo no tiene eficacia externa en el plano de la búsqueda de poder. No sé si influyo mucho en los demás. Pero puedo confesar que personalmente resulta gratificante. Jesús se me presenta como «principio de verdad», como garantía de sentido en la búsqueda intelectual, como expresión de honradez profunda.

Por eso digo que soy cristiano por «investigación». No es que el estudio me haya dado la fe. No es que la erudición y crítica histórico-bíblica me haya hecho crecer en fidelidad a Cristo. Pero en Cristo he descubierto la fuente de mi fidelidad intelectual y quiero estar empeñado en buscar la verdad y en transmitirla, en ejercicio gozoso de investigación, de publicaciones.

5. *Por actuación*

Soy también cristiano por compromiso: porque el mensaje y vida de Jesús me libera para el servicio de lo humano en el sentido más radical de la palabra. La libertad se concretiza para los cristianos en el gesto de apertura hacia los otros: me libera de mi propio egoísmo, de mi búsqueda de seguridad, de mi necesidad de imponerme por encima de los otros, para ser de esa manera con y para los demás.

Sé que esto puede sonar pretencioso y estoy seguro de que no responde del todo a mi propia forma de actuar; pero, al menos en principio, me siento vinculado con fuerza al cristianismo por su impulso de ser para los otros. Para mí la religión no es ética. El cristianismo no es un cumplimiento: es algo más, es una libertad interior, una vida iluminada por la gracia, una fiesta pascal...; pero, en el fondo de todo eso, el Evangelio sigue pidién-

dome un compromiso fuerte en favor de los demás. También por esto soy cristiano.

6. Por celebración

Quizá en la base de todas las razones anteriores se esconde con fuerza esta de tipo más «festivo». Desde la misma infancia he descubierto que el cristianismo tiene algo que ver con la fiesta de la vida: es la celebración del nacimiento como don de Dios; y es la fiesta del matrimonio como signo del amor que puede triunfar de todo el egoísmo de la tierra... Es, sobre todo, la fiesta del perdón y la eucaristía. Quiero resaltar estos elementos. Muchos de nosotros necesitamos que alguien nos diga, desde el fondo de su propia experiencia: yo te perdono, Dios mismo te perdona. Normalmente tenemos el perdón ritualizado de una forma pobre, muy vacía, en gestos sacramentales poco utilizados y casi faltos de sentido. Pues bien, más allá de los ritos oficiales, siento que el cristianismo es fiesta del perdón: no me basto a mí mismo, ni quiero bastarme. No me es suficiente la palabra de mi propia vida interna que me dice: ¡estás perdonado! Necesito o, mejor dicho, quiero la palabra de un amigo, de un hermano, de una comunidad que me sostenga: «Sigue adelante, te perdonamos». Esta fiesta del perdón, esto es para mí el cristianismo.

Pero la fiesta del perdón no basta. El cristianismo es fiesta de la vida: es la misma vida de unos hermanos-amigos reunidos, en la cena del Señor, recordando la muerte de Jesús en torno al pan y vino. Sigo diciendo que está muchas veces vacía nuestra fiesta. Pero sin ella no concibo al cristianismo. Por eso, porque quiero estar al servicio de esa fiesta y porque quiero que ella sirva (transforme y enriquezca nuestra vida) quiero ser cristiano.

Soy cristiano porque puedo (quiero) celebrar en Cristo la fiesta de la muerte, sea como sacramento de enfermos, sea como canto de exequias. Allí donde la muerte triunfa de los hombres quiero celebrar la vida pascual de Jesús, como fe en la resurrección. Sin esta fiesta carece de sentido el cristianismo.

7. Por anticipación

Con esto he adelantado ya la última de mis razones: soy cristiano por anticipación; porque de alguna manera vivo desde ahora en la certeza de los bienes prometidos. Esto es la fe conforme a *Hebr 11, 1*: «hipóstasis o substancia de las cosas que esperamos». Soy cristiano porque la fe me permite anticipar y de alguna manera celebrar ya desde ahora el futuro de la vida que triunfa de la muerte, de la gracia que supera a la violencia, del amor que es más fuerte que el odio.

Algunas veces, desde un fondo de cansancio de la vida (que puede rastrarse en el *Ecltés*) pienso que sería mejor «desaparecer» o desrealizarnos, como puede suponer el budismo. Cuando es dura la lucha, cuando parecen vacíos los días e infinitos los sufrimientos, suele llegarnos una especie de tedio mortal: sería mejor no vivir, no haber nacido. Pues bien, sobre el fondo de ese tedio surge y triunfa la palabra de esperanza de la pascua: sólo porque creo que Dios hará nuevas todas las cosas y cambiará nuestro mismo tedio de la vida, desde el fondo de nuestra fe y nuestro compromiso por los pobres, soy cristiano.

JESUS RUIZ GONZALEZ

(Escultor)

Se me brinda una hermosa oportunidad de decir algo. La revista *Sinite* me mete en el mismo saco de intelectuales, artistas...

Me siento ruborizado ante título tan serio y halagüeño. Sinceramente no me atrevo a reconocerme como intelectual en el sentido estricto de la palabra. ¿Artista? También me suelen salir los colores, pero un poquito menos. Mi titulación está en regla. Mis manos tampoco son negadas a plasmar la belleza que aparece ante mis ojos. En lo que a mi sensibilidad se refiere, sí que puedo entrar en el pleno sentido de la palabra artista. Desde este contexto voy a permitirme escribir los sentimientos que afloran a mi cabeza o los que me dicte el corazón.

La belleza está ahí.

En el brillo marcarado de la tecla de la máquina de escribir.

En el lomo de los libros alineados en la estantería.

En la camisa blanca irisada de azules y violetas por la luz de las cosas que en ella se reflejan.

En una mano alargada posada sobre la rodilla.

En los vivísimos puntos brillantes de la diminuta cabecita de un pájaro.

En los sonrientes bucles de un niño y en las maliciosas pecas de las mejillas de otro.

En el gato que despereza pausadamente su indolencia y atusa su brillante pelo negro.

En esos inmensos campos en los que nuestra vista se pierde en el horizonte.

En el fragor del mar o en su melodiosa música y salobre brisa.

En las nubes que se deshilachan para entrar en la rueda que tejerá celajes multicolores.

En la ordenada colocación de una piedra tras otra para elevar un edificio majestuoso.

En la vertiginosa carrera del automóvil que deja en nuestros ojos una ráfaga de color.

En la multitud que espera la luz verde del semáforo o en la persona solitaria que aguarda, observa, piensa u ora.

En la infinita lista de cosas que podrían añadirse.

Para verla, sólo hace falta tener ojos. Y ojos abiertos y sin filtros. Y si no, miremos la historia.

Los ojos se acomodan a la oscuridad y se abren a la admiración de esos bisontes, ciervos y hombres esquematizados, dinámicos. Color y relieve. Vivencia espiritual legada a la historia. Era su vida diaria. Sus flechas, sus arcos, los animales de su quehacer cotidiano. Y su comunicación con la divinidad.

Asombroso sería el descubrimiento de cualquier figura precolombina como «vasija con escena familiar» relatando, no se sabe qué es mayor en ella si la sencillez o la expresividad, un momento de la vida de un padre, una madre y su pequeño, formando una piña. Rojo bruñido su color, como una oración por otro ser perdido o en aceptación sumisa de la voluntad de las deidades.

El puntero y el cincel en las manos de Miguel Angel fueron arrancando al mármol la flacidez de un cuerpo muerto en brazos de una madre a la que no le alcanzan las fuerzas para sostenerlo a causa del dolor.

Los dientes del cincel y la gradina nos permiten apreciar el mármol en su estado primitivo mientras que las escofinas nos hacen ver, casi palpar, una piel azulosa ya por la muerte.

Tessella a tessella, alarde de corte, colocación y color, van dibujando esa multitud de hombres y mujeres que coronan ábsides como el de la Basílica de Sta. Práxedes de Roma. Oran, ofrecen o acompañan a ese Ser al que antaño presentaban sus ofrendas los hombres de las cavernas.

Y de las cuevas de Lascaut o Altamira pasamos a la capilla octogonal del Instituto de la Religión y Desarrollo Humano de Hous-

ton. Mark Rothko, «buscando siempre algo más», dibuja en rojos, negros y violetas la pasión de ese Hijo de Hombre al que de una u otra manera la vida y el arte han hecho referencia siempre.

La vida, pues, es bella. Las cosas todas de la vida son portadoras de esa belleza.

Y el hombre, ciertos hombres, espíritu y sentidos más atentos para captarla, luego, la han sabido plasmar y transmitir.

El color, la palabra y la materia se han convertido en sus manos en reproche, aviso, pausa contemplativa, oración o grito desgarrado.

Yo creo en la belleza. La amo.

La belleza que nos circunda no es más que reflejo de la *belleza* misma. Ma adhiero a la belleza. Me pongo a su lado. Gozosa y humildemente me siento capaz de captarla y plasmarla. ¡Ojalá pudiera hacerlo más y mejor!

Y qué duda cabe que el Cristianismo, digamos los cristianos de unos y otros tiempos, han sido capaces de ver y apreciar la belleza, fomentarla y cultivarla.

¿Cómo no apoyar mi mano a esa infinita cadena de personas, de ayer y de hoy, que a través del arte intentan arrastrar el carro de la vida hacia su *plenitud*?

LUIS SANCHEZ GRANJEL
(Catedrático de Medicina)

Contesto desde una experiencia personal. Tras una evolución que me llevó de una actitud cristiana, católica, fruto de influencia familiar, a otra de indiferencia, sobrevino en mi vida una crisis, que no es preciso explicar aquí, que me colocó en situación de menesterosidad vital, con absoluta necesidad de creer.

Desde aquel momento, y hoy el suceso se encuentra lejano en mi vida, esa «necesidad de creer» no ha experimentado vacilación y los años han reforzado su arraigo. Concibo la creencia religiosa como perduración tras la muerte del que uno cree ser, desde luego en una nueva o distinta realidad que no puedo imaginar, aunque de ella no dudo.

Para mí la verdad de lo que creo y a la que busco acomodar mis comportamientos, aunque no siempre sea fiel a lo que confieso, constituye auténtico soporte de mi existencia. «Quien tiene fe posee vida eterna» (*Juan 6, 47*) y con esta convicción consigo superar el concepto de inmortalidad como «función psicológica» calificada de «absolutamente necesaria» por el psicólogo Jung y de «casi instintiva» por el biólogo Darwin.

Mi quehacer intelectual nunca ha entrado en colisión con mis convicciones religiosas. Aquel y estas pertenecen a esferas distintas y si entre ambas se me aduce existe contradicción, la considero fruto de un conocimiento insuficiente o de la propia limitación humana en su capacidad de conocer. Nunca he pretendido racionalizar mi fe y me muestro escéptico ante las proposiciones de negar veracidad a la creencia religiosa con argumentaciones de índole intelectual o de afianzarla con los recursos de la razón.

Como creyente, siento he recobrado la fe de mi primera edad y de mis lecturas del *Nuevo Testamento* retengo la afirmación de Jesús que recuerdan Marcos (10, 15) y Lucas (18, 17): «quien no acepte el Reino de Dios como un niño no entrará en él»; el argumento usado por Jesús en su conversación con Nicodemo cuando le dijo: «si uno no nace de nuevo, no podrá gozar del Reino de Dios» (*Juan 3, 3*) no hacía referencia al nacer físico con el que replica asombrado Nicodemo, pues aludía a tornar a una infancia íntima, la que permite aceptar sin exigir razones, la que confirma Jesús reprochando a Tomás su incredulidad anterior a la comprobación física: «dichosos los que tienen fe sin haber visto» (*Juan 20, 29*) y fe sin pruebas sólo la hace suya quien se torna niño o se esfuerza por lograrlo, como lo pretendió el agónico Miguel de Unamuno en su reencarnación literaria como protagonista de la narración *cómo se hace una novela*, donde Unamuno recoge la formulación de Hessen: «es siempre y cada vez el niño quien en nosotros cree... Hay tanta potencia de creer en nosotros cuanta infantilidad tengamos».